

*UN DIOS NARRA*

*si al menos estuvieras aquí*

*Gustavo Ceratti*

*Llegamos así a un tiempo potencial, un tiempo que está ya siempre aquí, en estado latente, que sólo requiere un fenómeno de fluctuación para actualizarse. En este sentido, el tiempo no ha nacido con nuestro universo: el tiempo precede a la existencia, y podrá hacer que nazcan otros universos.*

*Ilya Prigogine*

---

Hablan que soy un dios, dicen que todo lo veo, me llaman por eso mosca, el de múltiples ojos, aquel que está en una colina o sobre la nube y observa el completo mundo. Y yo digo: las personas desconocen. Soy ciego.

Me adjuntan el rayo, un sol, bastón, la espada. Antropomórfico. Con barba, anciano, y un trono. Me atribuyen control, hágase, protección, casi nunca caricia. Suponen que como un pez percibo en curvatura, y algo que ellos llaman devenir. Según las personas soy un dios y las estoy mirando siempre. Creen que las acecho y por eso se escudan. Aún durante el sueño, esos globos umbilicales, vuelven la cabeza, sospechan que persigo entre las maravillas de las mantas como león o águila. Escriben y discuten mi existencia. Yo estoy, ellos viven (ese verbo que usan y tanto declaman). Hay gente que me interpreta, se denominan a sí mismos apóstol, pastor, sacerdote o bachiller, becario, sabio. Como traductores de lo que percibo sin ver. No saben que soy ciego. O no lo aceptan. Valoran tanto lo visual, parcela de sentidos, que están imposibilitados de admitir la suma. Otros ponen un tercer ojo en medio de la frente. Adivinan mis deseos en el fuego, los cartones, aves y formas del cielo.

Hablan que soy un dios y afirman que tuve razón cuando mandé a alguien a matar a su hijo, ahogué a los humanos o quemé sus ciudades. Según el apóstol le pregunté a un hombre dónde estaba su hermano muerto y lo castigué con maldición eterna. También dicen que envié de nuevo a la vida al que ya descansaba. Mandé dicen a quemar las estatuas de otros dioses. Mi ira arderá contra ellos y los exterminaré, citan. También sequé la higuera. Envié fuego devorador, huracán, tormenta y granizo. Plagas numerosas. Llega la venganza. Todo eso dicen que hice, hablan que dije. Repiten.

Las plantas se reproducen con tersura y colorido, apenas una brisa voladora se posa y hay fruto. Los animales en cambio, de manera brutal, en la frontera del crimen. El dios del que hablan también es hijo vegetal, nació sin varón, por el solo murmullo aéreo en la oreja de una virgen. Tal vez por eso fue torturado por los hombres.

.....

Estoy mientras se mueven, cambian de lugar y corre el año. Ante mí, sus momentos posibles. Los que serían. Alrededor están siendo en su después. Ellos en el río con el agua que fluye, sintiendo las gotas que los mojan y el paisaje en torno. Yo estoy al borde y capto el panorama. Tan juntos pero en franjas diversas. No muto a su velocidad de vértigo, y por eso creen que soy eterno.

El río que dicen ágil, tiene color agridulce. Percibo, capturo perfectamente su ruido no musical, más ese aroma pastoso con sus vapores sobrevolándolo. No es seco, salvo cuando el ardor libera sus gotas. Lo intuyo desde su interior en varios estados: con un junco solitario, con paisanos en un bote, en la noche absoluta, en el día vibrante. Carece de sal y de azúcar. Ellos lo ven pasar, conocen el instante de su historia engañosa.

Así es que hablan de alguien que todo lo ve, que sabe el futuro, navega el dios en sus tripas y conoce las penas, las alegrías de cada uno, tales cosas creen. Pero no hago nada, simplemente permanezco con sus variantes, que ellos desconocen hasta que se realizan. Allí estoy a su lado sin ver e invisible.

Dos hombres caminan por un campo, los separa un alambrado de seis hilos. Comienzan a discutir, uno saca un cuchillo y se cruza entre las púas. Siguen gritando, se empujan, uno es herido y muere. / Dos hombres caminan por un campo, los separa un alambrado de seis hilos. Comienzan a discutir, gritan, siguen gritando. Uno se da vuelta y retoma su sendero. El otro también se aleja. / Dos hombres caminan por un campo, los separa un alambrado de seis hilos. Se saludan secos. Nada más sucede. (Sus historias posibles están ahí, juntas, son globos, con dos hombres que discuten o no se miran o se saludan con sequedad. Los globos al lado están fundidos en uno donde los dos hombres no se miran, se saludan con sequedad, mueren a cuchillo. Hay multitud de globos. Ellos solamente ven uno. Lo llaman vida. Hay otros globos unidos por un hilo a sus mentes, los llaman sueños, son vientres que se arrastran o vuelan.)

Y dice el apóstol, ese traductor: tiene mil ojos y ve todo a la vez todo junto siempre; pero no, soy ciego, percibo lo que está en mi horizonte todo junto ahora. El dios mosca, el que todo lo ve, el que hierde de lejos, tercer ojo, nada se le escapa ni de noche ni de día, sabe lo que vendrá; eso dice el sacerdote, eso repiten en coro, pero es una traslación al tiempo de cuanto carece de fluencia porque es simple: solamente estoy y percibo los posibles. La voz del apóstol tiene un tono seco, humo y vainilla con aroma a frutos rojos bien maduros, notas de pimienta negra, algo de tabaco, complejo, matices cambiantes, un resabio a oscuridad. La voz del apóstol seduce el oído, tiene tonos de eco, repite sus frases.

.....

Ni en el bosque ni en la montaña, tampoco en este pastizal que me rodea sino en la frontera. Ahí me encuentro. En el borde de ellos. Apenas tras la curvatura. Tan cerca como un hongo de una planta. En cambio ellos aparecen en el río nadando o muertos en el fondo o saliendo a la orilla para pescar o están en multitud, juegan, se ahogan, son salvados. Una de esas cosas les pasará. No saben cuál. Tampoco lo sé pero ante mí se exhiben probabilidades suyas.

Algo nos separa. Una piel con poros de mi lado. Una línea de agua con el sol a mis espaldas que me los ilumina y les llena los ojos. Así, ellos que están dotados de la vista, no me ven, enceguecidos por la luz.

La pareja adulta recuerda el puerto, la espera y la subida con ansias de paz y trabajo. / Cruzan el mar. /La pareja adulta recuerda el puerto y su desconsuelo, no hay más lugar. Vuelven al pueblo montañoso con sus cabras y su miedo. / La pareja adulta no recuerda, han muerto en juventud.

Tenemos el diálogo de la hoja y el insecto. Por qué la abeja salta de flor a flor y luego vuelve a la primera, por qué arma un exótico recorrido o agota cada libación. Ellos ven y oyen cada nota en lenta sucesión; percibo toda la partitura con sus versiones e instrumentos, los arreglos o la fidelidad.

Hay un mapa, un sector del mapa, mi territorio hasta el horizonte, donde trotan caballos montados por niños divertidos; donde trotan caballos montados por soldados y sangre; donde trotan algunos caballos y otros ruedan en las vizcacheras con su carga de niños o soldados. Hay un mapa donde los caballos pastan, los paisanos recogen las verduras, los niños se esconden ríen y lloran, no hay soldados, más allá están los materiales, ladrillos, arena, cemento, están las paredes hasta el metro, están las personas entrando y saliendo de casonas ya viejas y de departamentos nuevos. Hay un mapa, un sector del mapa, mi territorio hasta el horizonte, donde la mitad de las viviendas está en ruinas, agujeros en los techos y los vidrios, negras de humo las puertas. Hay un sector del mapa donde las viviendas están multicolores y las veredas sanas, donde una plaza con árboles se llena de merienda y bicicletas. En el borde de mi horizonte hay inmigrantes que temen el traslado, las otras constelaciones arriba, cómo preguntar y entender la respuesta. En el borde de mi horizonte percibo seres desplazados a los bordes que temen a los inmigrantes ancianos que ya son nativos sin memoria. Es el miedo el motor, la vela el deseo. Sobre todo el miedo.

Porque el tiempo del que hablan es el morir; no es el estar. No existe, es solo un contador obsesivo de los metros en fuga. La constante pulsión de lo que será y cómo será. Un álbum incompleto del futuro. Así no pueden registrarme porque me miden, dibujan, cuentan anécdotas y enseñanzas que se perciben solamente entre horas y días. Están condicionados por un exceso de modos verbales: meras comparaciones de su viaje. Caen en atribuirme alas. Cómo puede dialogar un perro con un surubí. Un sol cuadrado, un ave subterránea, agua dura. El vapor no entiende a las olas ni la tierra roja percibe el ladrillo. Ondas o corpúsculos. Canales paralelos. Lágrima y gota de lluvia no son hermanas.

Ante mí se exhiben sus posibles. Todo junto a la vez.

Hablan que estoy en el bosque o en la montaña o en la nube, pero habito su límite, un territorio escaso, el horizonte de ellos, una línea oblicua y quieta que corta los ejes móviles. Coincidimos en un lugar no en un tiempo. Porque estoy ahí y ellos pasan, crecen mueren.

Hay un tapiz. Ellos ven su hilo y los que lo rodean. Sus colores y textura, el modo en que se destiñe con los meses, se deshilacha, los hilos que se cortan y abandonan el tapiz, algún nudo y algún enredo, siempre en sucesión. Es su orden cerrado. Pero el diseño se escapa. La gran figura es esquiva mientras se pierden en palpar el devenir, esa humedad progresiva en la acuarela. Del rojo al rosa, del negro a los grises esfumados. Por eso los muerde la obsesión del final, un deseo enfermo por evitar el vértigo de las horas.

El sacerdote habla de mi conocimiento, dice que veo dentro de ellos, vigilo sus pensamientos, conozco sus emociones y los impulsos, las frustraciones, toda la oscuridad que esconden, las culpas que los oxidan. Y no sé nada a su manera. No tengo acceso directo. No hago ni creo seres. Solamente vislumbro las escenas paralelas con sus cuerpos y expresiones distintas. (Con arrugas, con el esqueleto en curva y la mirada a la tierra cercana. / Sin arrugas, rectos. / Con arrugas, con el esqueleto en curva y la mirada en esfuerzo hacia adelante.) Siento sus ondas cerebrales, el ritmo cardíaco, el olor y ardor de sus válvulas.

Panorama de mil ojos que no ven, una extensión en nitidez constante hasta el límite del terreno donde innumerables escenas humanas paralelas se asemejan en sus protagonistas y varían notablemente en acciones y consecuencias. Percato eso. Percibo. Capturo. Una joven con la pala y a su lado el árbol delgado, sin hojas, de ciento cincuenta centímetros, esperando su turno en el suelo junto a otros pozos y plantas. / Una mujer sentada bajo un fresno de copa extendida, lee a la sombra y a diez pasos un hombre la observa. / Una joven embarazada, con la pala como bastón, y a su lado un muchacho que acomoda la tierra en torno a una casuarina de dos años. / Una pareja con un hijo herido de muerte. / Una pareja bajo la copa de una casuarina que roza el fresno mira a su hijo adolescente cortando leña. (Sin el orden cronológico de ellos.)

Un gigantesco galpón rodeado de nada. En su interior veintena de mujeres jóvenes manejan telares y máquinas industriales de costura. La cabeza gacha, el arco de la espalda y ruidos sincrónicos, olores densos. La aridez de sus manos. Afuera un playón desarbolado, todo patio de asfalto, donde cargan camionetas con atados de camperas, pantalones deportivos. / En el exacto lugar no hay un gigantesco galpón. Sigue la nada con su pastizal y arbolitos pinchudos. Parejas de teros simulan empollar y caminar. / Un gigantesco galpón sin terminar. Montañas de arena y bolsas de cemento, hierros del 16 en racimo, también largas chapas de cinc. Grupo de hombres se mueven, acarrear y trepan por los andamios. / En el gigantesco galpón hay personas abrumadas, el trabajo es agotador, las cuchetas están en el entrepiso. El calor ahoga, el frío cala. / Son contenedores de metal, cajas de zapatos, superpuestas en rara armonía de colores; más que gigantesco galpón, conjunto lujoso, decorado. Jóvenes frente a pantallas vigilan calles e interiores, graban para la nube, alertan. / Como cajas de zapatos, superpuestas en rara armonía de colores idos; más que gigantesco galpón,

conjunto en decadencia. Cansados y burocráticos no atienden a las pantallas con sus calles e interiores, ni graban ni suben a la nube porque a nadie le interesa vigilar y castigar.

/Es inmenso laboratorio vibrante y frío de azul. Unos pocos se mueven en su interior en silencio. El becario calcula.

/Hay un gran templo de colores amables. Alguien arenga, todos lloran y aplauden. Afuera en el territorio pampa, nadie cree, deambulan a sus trabajos y hogares, sin esperanza, ven el día único y el plato.

/Trabajadores de países vecinos arman sus casuchas de nylon y madera, protegidos por el techo alto del gigantesco galpón. También hay feria americana por donde circulan buscadores de gangas. Afuera, en los viveros, crecen por el esfuerzo de las cinturas las acelgas y lechugas. Sonríen un poco.

.....

Está en el aire el hombre posible, a un metro del piso reseco y duro. Yace de espaldas, la cabeza definitivamente golpeada, sólo hay corazones doloridos a su alrededor. Está en el aire el joven muerto, abajo las historias que fueron y no serán. Las cámaras de vigilancia registran el accidente. /Está en el aire la mujer posible, a un metro del piso reseco y duro. Yace de espaldas, la cabeza definitivamente golpeada, sólo hay corazones doloridos a su alrededor. Abajo las historias que no serán, el príncipe, prototipo no deseado.

Hay un aliento de muerto invadiendo el campo. La mancha de la mano se extiende y define. /La mancha de la mano es primavera, inunda de vida todo el cuerpo. Su juventud se despliega.

.....

Sostenido de la pérgola. Cae de pie y es joven. Una pócima infeliz en la mano izquierda, sin consumir. Mirada con tentación pero enojo contra la tentación; y el abandono que emana su olor a vejez extemporánea.

Hay una pérgola junto al lago, enormes árboles enfrente. Nadie surca el agua turbia con botecitos primaverales. La luna es un faro que no guía. El joven cruza el parque con paso decidido, ropa de trabajo y mochila. A pocas cuerdas está el galpón donde opera esa máquina. Emana su olor a afecto inmediato, a comida que lo espera. /La joven cruza el parque.

/No hay galpón, solo ruinas, derrumbe, alguna montaña de escombros. Hierros oxidados como siluetas de herramientas. Apenas el parque y el lago. Entre las hojas y las cortezas, las cenizas del joven. Las lágrimas ya secas.

/Un niño camina hiperactivo por el pasto desparejo, ayuda a su abuelo que está junto a la parrilla rodante. Solo cinco casuarinas inmensas de fondo, el resto es campo y la pequeña vivienda. Los padres miran la escena, la abuela joven adoba la carne. Él le lleva papel, que ya no hace falta, mira los carbones encendidos, rodea la parrilla con su paso casi carrera. Están sonriendo. Le acerca la caja de fósforos que estaba sobre la mesa entre los vasos y los platos y cubiertos. Pero el fuego ya está prendido. Se junta al abuelo y toma el atizador para alcanzárselo. Está caliente, se quema la mano y lo suelta. No llora, apenas interrumpe la sonrisa. Todos lo asisten.

/Un niño se acerca a la parrilla rodante, extiende la mano, lo retan. Cuidado con el fuego dice alguien. ¡A jugar a otro lado! No se quema ni sonrío. Las casuarinas bailan por el viento.

/Un joven corta el pasto. Su padre y su abuelo hablan junto a la parrilla. La abuela joven le acerca agua y un sombrero. El joven le sonrío. Ella lo fotografía. El sombrero de paja le da un aire a vangogh.

/Un joven cruza el parque. El pasto está cortado. Su paso es tambaleante, no sonrío. Mira la pérgola junto al lago. No hay galpón colorido, ni maquinarias, ni templo. Tampoco es un lago sino una cava. A su borde hay intercambio de venenos. No tiene puesto el sombrero vangogh.

/Cruza el parque. El verde está en reposo. Su andar es dubitativo. Piensa. Mira la pérgola junto al lago y entrecierra los ojos. Llega a la casa de sus abuelos. Se abrazan. Lloran. Se abrazan. Sonríen. Él recoge su valija y parte.

.....

/Brilla el sol sobre la granja de los jóvenes heridos. Un gigantesco galpón con subdivisiones, literas, dos baños, taller de carpintería, afuera la huerta. Los docentes se imponen carácter, transmitir esperanza, demoler la abulia con fáciles tareas que agotan las manos en tierra fértil, lombrices, semillas. Regar, leer, hacer la propia comida todo por turnos es el cuadro con su perfume lento. Algún alunado se sobrepone. El de la mancha en la mano recuerda un fuego infantil junto a la parrilla y el tizón. Un rubio esquelético está apoyado en la zapa sin carpir; quieto, estatua, falto de aire. Hay una niebla con granizos y brillos festivos sobre las cabezas que no la miran, no la ven, la saben que está adentro. Nube sutil esfumada de la agonía al fragor, partes ardientes vitales, partes ennegrecidas penosas, en medio la gama de los hombres.

La luz amarga de la luna está apoyada en el filo de los pastos, hace equilibrio, ciertas hojas apuntan al galpón que no responde al espejo tenue, lo mantiene como mural adosado, piel con crema sin brillo. Pasta húmeda. Alguna sombra se mueve delante, figura humana, película antigua blanco y negro mudo. Dos dimensiones de un ser. Uno ochenta de alto por cincuenta en su cinturón. El joven doblegado y gris.

Cinco pares de zapatillas al sol. Embarradas hasta el tobillo por la tierra con lechuga y acelga. El galpón gigante no les da sombra. Las cinturas se exigen en la recolección de hojas. Dos pies limpios dan órdenes. En los cajones se apilan los atados.

Cinco pares de zapatillas levantan polvo en el baile. Hay estrépito de ritmo musical. Otros calzados yacen mientras unas parejas yacen. La algarabía olvida el barro.

Diez zapatillas rotas recorren los surcos pastosos, un almanaque destaca martes en la pared del galpón gigante. Las viseras igualan.

Pedazos de luna estallan cerca de sus gorras dobladas hacia abajo en recolección de frutos. Es sorda la explosión. Es amarilla absceso. Algunos trozos entrechocan pero todos van cayendo hacia sus cabezas dormidas.

Hay luna alta apenas visible. El sol feroz anula toda percepción, y todo olor y toda la música son devorados por su brillo. Ellos solamente miran hacia abajo y extienden los brazos rojos hacia las hojas verdes. Las viseras no tapan la nuca.

Suena la guitarra y las risas, la fogata sube hasta la luna en cuarto creciente. Las manos se golpean con el ritmo. La pared mayor del galpón hace eco. Las lechugas, las acelgas, también reposan.

.....

Hay un pintor. Soy ciego. Todo huele a cuero con sus tinturas. Los mantos rojos, grana de cochinilla, el mero crudo solamente sobado que ata banquetas y vigas de los ranchos. Amarillo alfalfa en los delantales. Y la cúrcuma casi jengibre, más el girasol pegajoso. La lavanda embriaga, la menta. Afuera del cuadro están los seres que corren o se montan. El artista en el techo del galpón gigante despliega el ardor de su mano. Abajo alrededor, personas y animales gritan o cantan, exudan vértigo sin miedo, sabor de los juegos. Percibo mucho azul. Intuyo verde bastante fresco. Crujen marrones las cáscaras de nuez y todas las cortezas cuando caminan o tropiezan riendo. Concentración de alientos según cuántos forman un grupo, como silbido en las filas, espiral si hacen

ronda y baile, columna de aire en chimenea de los que están sentados en aro hablando y bebiendo. El rocío hace jugo con sabor a durazno o cebolla. Un par habla de dios con los ojos entrecerrados. Creen haberme oído y yo no hablo con nadie. Junto al paredón hay ollas fuertes que emanan su atractivo. Algunos se alimentan. Otros descansan las espaldas. Con piel de berenjena oscurecieron sus gorras. Y el olor a junco del río descubre canastos con uvas chinche. Por el borde, por el horizonte de eucaliptos, dos jinetes con perros rodean las vacas. El pintor llena de seres todos los rincones del cuadro.

.....

/Hay un pintor. Soy ciego. En la extensión vacía cruzan vientos de furia, caballos con montura belicosa, dos colores en pugna se unen en el rojo de la sangre, viscoso de salivas. En el campanario del galpón gigante un hombre dibuja y colorea sin ahogo, el grafito denso, los colores líquidos. La batalla se diluye hasta el horizonte manso. Afuera del cuadro el olor a sangre voltea. No hay candidez en los pastos que arden por cañones. Brazos, caballos que se topan y soldados ollín suenan a roto. Metal caliente. Hay estampidos y cuerpos chapoteando en agua turbia. El cuadro mira de lejos.

.....

En el campanario un hombre está sentado. Es el apóstol. Está escribiendo y habla que soy Dios (lo dice con mayúscula). Su voz sabe a fructosa, jarabe de maíz y toques de caramelo. Abajo, junto al portón se apilan personas, grandes, muy grandes y niños.

En el galpón gigante está el apóstol sacerdote pastor hablando a su rebaño. Grita, susurra, gesticula, sonrío y señala al cielo y luego baja su índice a la abrupta horizontal de los ojos. Advierte y predice. Los niños mudos, los otros lloran. A sus espaldas está la suposición del supremo en una cruz. Las paredes son inmaculadas como las camisas. Todo huele a incienso y jazmín. Su voz es frutal, muy dulce, pegajosa y con tonos de pringue. Lloran. Su voz es ácida y amenaza. Bajan la cabeza.

Detrás del galpón laqueado, en la sombra de la tarde, el pastor apóstol abraza a un niño exánime, rubio esquelético, quieto, que oscila de tibio a azul frío. El Sacerdote bulle al rojo y huele a grasa de animal.

El galpón está negro de humo denso. Personas vociferantes con antorchas y palos. Hay llamas hasta el campanario. El apóstol pastor es arrastrado.

Hablan que soy un dios, que todo lo veo, que tengo mil ojos, como una mosca, como el pez. Y soy ciego. Las personas desconocen. Inventan historias y tablas de la ley, libros inmutables, la vida eterna. Todo termina en llanto. Apóstol y más apóstol que amenazan, prometen, relatan. Nada es así. No soy un dios. Estoy, simplemente, mientras ellos transcurren. Percibo, capto, todo a la vez ya, pero ellos cambian.

Suena el galpón gigante como escuela, se arrastran mesas y bancos metálicos, coro ininterrumpido de voces agresivas. Los paneles no silencian las otras aulas donde se espera el patio y el comedor especialmente. Dos mellizos cocinan palomas detrás de la cortina del maizal. Cuatro pelean. Uno acosa. No hay puerta que frene la náusea de la letrina. Una lluvia de conchilla cruza en diagonal desde el techo alto y mohoso. /Silencio en el galpón gigante. Grandes ventanales proyectan la arboleda sobre los jóvenes lectores. Vuela una pregunta y se alzan algunas manos. Dos ventiladores de techo renuevan el aire. Las paredes con leve aroma a pintura reciente. Por afuera circula la orquesta rumbo al aula de música. /Hay varios matices de galpón gigante escuela. En uno rigen la comodidad y el no deseo. Los otros combinan variedad de ruido, hambre y furia en graduación diversa, o no deseo y furia, o comodidad y hambre. Los ventiladores están rotos, fueron robados, hay aire acondicionado, penden de las aspas palomas muertas. Las paredes derruidas, nuevas, con murales de arco iris, desconchadas. Una electrificada. Una emite radiación. Hay una pantalla enorme y amable. Grandes muestrarios de sensaciones táctiles y olfativas. Las personas son las mismas pero irreconocibles de un galpón a otros por el peso, la transpiración, los dientes.

El galpón templo está rodeado de casuchas. Contra los muros se apoyan tirantes en carcoma, con chapas cubiertas por bolsas, piedras y latas. Apenas pasillos húmedos separan las viviendas donde se amontonan seres que trabajan o no trabajan pero todos sufren hambre y esfuerzo. Solo el galpón templo los conforta con la voz del sacerdote. También hay babeles de cinco pisos como naipes. El pastor está siendo arrastrado ahora. El galpón ennegrecido arde. Ménades los fieles hacen justicia.

.....

Con las manos en cuenco acomoda la tierra rica en torno al árbol pequeño. Hay un balde con agua. Una pala reposa. Vinagre diluido contra hormigas. /Bajo la copa lee. La luz calienta la tierra

en gotas separadas, las hojas de sombra tapan y destapan las franjas de sol. También juegan sobre el cuaderno y la mano que escribe.

Un hombre está rígido con la pala arrojada a sus pies. La pala y la mujer que yace tienen la misma sangre.

Un pozo circular de tierra rosada. Las paladas remueven. La joven se esfuerza, cava, pica, muele los terrones, echa compost en el fondo y las paredes del agujero. Un fresno de su altura y aún más delgado que ella espera el turno de ser plantado. Hay un balde con agua. La pala no reposa. La puerta del pequeño galpón junto a la casa está abierta y exhibe herramientas.

Una mujer está rígida con la pala arrojada a sus pies. La pala y el hombre que yace tienen la misma sangre.

La mujer camina entre árboles altos. Toca cortezas. Revisa las hojas. Se sienta lentamente sobre el pasto parejo. La espalda contra el tronco, el libro despliega su escritura. Todo es verde salvo la luz. /Un hombre acarrea tierra renegrida chocolate y chía junto al pozo donde ella acomoda el árbol nuevo. Lo rodean con la mejora. Hacen cuenco de manos y le abrazan el nacimiento.

La pareja camina de la mano bajo los árboles de otoño. En la casa hay luces, suena la música desde un centro hasta más allá de los arbustos limítrofes. En el galpón cocinan el asado. Acomoda las brasas hábil con el palito que es regido por la mano con mancha de vieja quemadura. Los caballetes ocupan la mitad del territorio. Llegan invitados sonrientes y saludan de lejos. Llegan más autos. Los niños se mueven a otra velocidad. Alguien acarrea una torta enorme que es depositada en el centro de la cabecera. La puerta del pequeño galpón de herramientas está cerrada por seguridad.

El galpón gigante es granero, es casa de dos plantas, escuela, templo. No hay galpón, solamente pasto rudo y animales sin dueño. Hay alambre de seis hilos y dos hombres que discuten. La llanura vacía está salpicada de batalla. Un pintor lejano la registra. Un apóstol lee en el campanario. Un pintor recrea los juegos y la fiesta. Soy ciego. Percibo la vibración del pasto seco bajo las patas torpes de caballos en guerra. Sutil deslizamiento de niños que juegan. Un olor ácido de humo oscuro, mezcla de maderas teñidas, chapas y revoque que estalla. Un llanto algo contenido. Un hierro asido por el lado rojo y una mancha como estigma en la mano derecha.

El ladrido de un perro es una nube baja que adorna el cielo. El corte diagonal a tres metros de alto hace caer ocho de eucalipto. Un olor a madera quemada y combustible de la máquina que sacude el cuerpo del hombre sobre la escalera más la vibración subsistente aún cuando apagada más el leve temblor del campo por la masa de madera y hojas como bombo, como escoba contra el suelo. Una trompada gigante en el barro.

La sierra circular hace tirantes. Un perro ladra a las sombras. El hombre selecciona, cepilla, acomoda.

En el banquito nuevo no está sentado su dueño porque juega en torno a la parrilla, corre y lleva papel, maderitas, fósforos, busca un tizón. El abuelo lo observa y acomoda las brasas.

Hay una alfombra de aserrín alrededor del árbol mocho. El perro husmea. La motosierra reposa en el galpón de herramientas.

Las maderitas pulidas son cortadas a sierra de mano y arman con clavos, sin encolar, asientos para niños.

Tiene los colores de su club, algo desteñidos. El joven está sentado en su banquito, casi a ras del suelo, las piernas flacas y largas hacen una carpa. Sonríe y fuma. Hay una mesa de la misma madera, pulida y barnizada, con platos, cubiertos, ensaladas y botellas. Su cabeza apenas asoma. Los otros están sentados a una altura más apropiada. Planean construir una pérgola o una techumbre de tronco y cañas, dicen.

Rebota el episodio sin tocar el borde del suelo. Es una pelota sin colores, apenas voces, mucha tensión, y salta hasta un metro de su cabeza y se hunde bajo la línea lábil de la tierra. Hay allí un niño que dice l'acqua bulla. La madre lo mira. El padre carnea reses en el frigorífico. La pelota de episodios, ellos la llaman biografía, tiene un cordón umbilical que llega hasta un joven dormido. También hay un hilo dorado que vibra de bola en bola. En la penumbra del barco mil personas hacen rancho, duermen, se roban, son arrojados los muertos al mar, miran al horizonte. Todo lo dice al durmiente la pátina gris del sueño; las voces confusas, la falta de olores, caras reconocibles en otros cuerpos. Hay un globo apagado que pende del hilo ocular, la pareja levanta paredes en medio de la llanura, plantan árboles frutales, árboles ornamentales, fresnos, eucaliptos, casuarinas, en escena acelerada, de vértigo, a los saltos hasta que la línea de la tierra se corta a cada paso con troncos, ramas, hojas y frutos. Multiplicidad de líneas unen abalorios al cuerpo que yace. Unas como babas a punto de romper, otras hilos despeinados, sogas tensas y espirales de luz. Cada una en desorden vincula los episodios con el que duerme. Se funden el agua que hierve con los esquejes del sauce. Las hojas lanceoladas hacen de cabello del niño. Recorren, el temor y el deseo, la escena construida. Juega con el abuelo al denenti. Le cuenta sobre las habilidades de su tío, que dice mamma l'acqua bulla pero es grande y hace en el piso piruetas para recoger dos piedras muy separadas, su record. Cubos de mármol, cinco, cortados a la perfección, limadas las sesenta aristas. La mano revolea uno y se arrastra veloz centímetro a centímetro para alcanzar las piedras de los extremos. El joven sonríe en su sueño. Ve su mano derecha con mancha de quemadura. La piedra

voladora cae junto a las otras dos y el puño las contiene. /El joven no sueña, está muerto en el piso bajo la pérgola. Solo él y el veneno. No hay globos con episodios. Los hilos se han roto.

En la parrilla disminuye el calor. Hay personas sentadas a la mesa de pino. Las cartas van de mano en mano con su pátina gris y las figuras exóticas. Vuela la risa y gritos de competencia. Pasa el tiempo de las personas. El joven bosteza, va a dormir entre los árboles, le dicen que en la pérgola está más fresco. Tirado bajo la sombra, las hojas del fresno regulan la temperatura de su cabeza. Un leve movimiento de párpados y el resto del cuerpo quieto. Zumban los meteoros y asteroides en órbita impensada. Del caos surgen fragmentos helados que atraviesan el cráneo, algunos salen, los más siguen la espiral ardiendo intermitentes. Adentro cambia la temperatura y el resto del cuerpo también se agita. Fríos y calores, intensos ambos, combinan miedos rojos y ansias cremosas. Hay ritmo de colisiones. Afuera continúan los otros jugando a las cartas. Adentro las pulsiones requieren veneno contra esas piedras heladas.

.....

Ni en el bosque ni en la montaña, tampoco en este pastizal que me rodea sino en la frontera; ahí me encuentro, en su borde. En el borde de ellos. Sus latidos son veloces, son más lentos, se apagan. Las personas son rojas, son rosadas, son azules. Algo nos separa. Delgado y suave como la piel de ellos y el pelo del gato, casi siempre infranqueable. Varios creen verme, especialmente el Sacerdote porque es su negocio. Tal vez alguna estribación de la luz haga un agujero en esa lámina divisoria. Y el ojo atento o casual me perciba, note un reflejo y construya ese ser barbado antropomórfico con rayo bastón un trono que todo lo sabe el ojo de dios mosca que todo lo ve. Pero no tengo cuerpo, eso que las personas llaman cuerpo. Habla una joven que para el budismo lo importante es el cuerpo, el alma sola dónde está pregunta y argumenta, necesita soporte dice. En este sector del pajonal, del gigantesco galpón, de la guerra a caballo, de la casa con árboles y un joven dormido, de la pradera sola donde me encuentro, nadie cree en aquel dios, todos me atribuyen al crucificado. El apóstol lee su libro y escribe en el campanario, les comunica a quienes se agolpan en la puerta del templo (peinados grasosos y camisas de almidón), que le dije algo, que le indiqué un camino, que lo miré a los ojos. Y soy ciego.

El apóstol hiede. Cree que habla de mí y su aliento apesta. Está amarillo marrón y dice: Desde que lo vi por primera vez en aquella porción desolada de pampa donde apenas una que otra casa se levantaba a lo lejos, hasta ahora, queridos hermanos, transcurrieron diez años. Lo vi por unos

segundos, creo haber escuchado su palabra. Poco a poco se hicieron más frecuentes sus apariciones y más clara su voz. Los acólitos están con los ojos húmedos hacia el techo. Vibran de fricción los cuellos fríos de las camisas planchadas. En aquel entonces solo estaba el galpón, sin campanario, dice el sacerdote. Con mucho sacrificio, la ayuda de ustedes y especialmente de Él (lo dice con mayúscula), logramos convertir aquel granero en este templo hermoso, con un campanario maravilloso. Bendiciones. ¡Bendiciones! no olvidemos la glorieta blanca y llena de flores que trepan por sus columnas.

Pero no cuenta sus pesadillas, que son panzas fofas verdes y llevan recuerdos de actos pastosos. Una cadena mucosa se une a su lóbulo frontal.

.....

La pequeña está junto a los abuelos que organizan la comida y el fuego. Una chispa salta y quema su mano. Ella le pone un cubito y le habla, él le acaricia el pelo. La nieta deja de llorar y sigue observando las maderitas rojas, el carbón, una pieza de quebracho. Los padres a lo lejos no oyen ni ven la escena, una atmósfera de tormenta los envuelve. Los árboles lozanos dan su sombra buena.

La muchacha juega a las cartas. Camina por el parque. Dormita bajo un fresno. La vieja quemadura de su mano derecha es una isla sin mapa. Se sienta en el banco de la pérgola. /La muchacha no juega a las cartas, dormita y un globo se hila a su cabeza con ella niña quemándose la mano derecha. Nadie se da cuenta. Aguanta el ardor, muerde los labios. /El muchacho no juega a las cartas, dormita y un globo sobre su cabeza contiene un niño que toma un tizón caliente y se quema. /La muchacha se quema y grita. /El joven se quema y muerde los labios. /La muchacha se quema y muerde los labios. /Los abuelos están junto a la parrilla. Solos. /Los abuelos están junto a la parrilla rodeados de hijos y nietos que saltan.

Lejos esfumado casi en el horizonte, capto a la joven con hijos de su edad, la mancha roja en su mano diestra brilla como sonrisa. Hay una pérgola primaveral.

Restos de fulgor eléctrico evaden el borde, percibo leve una cadena de descendientes del joven. No están en mi campo de captura de sus posibles. Hay decenas de bifurcaciones confusas. La joven. El joven. Él yace al pie de la pérgola. Él cruza el parque otoñal con alegría. Ella cruza, ella yace. Tiene la mancha de quemadura en la mano. Dormita bajo el fresno y un hilo de su cuerpo lo une al globo donde flotan los sueños: La parrilla está rodeada de un enorme galpón vidriado lleno de mesas, sillas, platos y gente que habla, ríe, come, señala, gesticula, corta la carne, revuelve ensaladas. Dormita bajo el fresno y una línea de baba del diablo une su cabeza al globo donde flotan sueños

negros: gente que llora, gesticula, se abraza en torno a un cuerpo sin señales. Es él mismo, ella misma, con su mano derecha herida por el fuego. La llaga expande su olor a curtiembre y sequía. Dormita bajo el fresno, un hilo une su cuerpo al globo donde flotan sueños tersos. Es él mismo, ella misma, con su mano derecha herida. La llaga se resume y enciende la memoria del riesgo.

.....

El apóstol lee su libro en el campanario; debajo están las gentes vestidas con sus camisas blancas, sus pantalones negros, los cabellos prolijos, entrando al templo. El apóstol habla ante las familias en el gigantesco galpón. El apóstol, pastor, padre, supremo obispo, dice: El Señor dijo yo soy el pastor y vosotros las ovejas. Hay dos enormes imágenes a sus lados en el frente, un escenario donde gesticula, murmura, grita, advierte, sonrío como un padre bueno. Dice que una manzana, habla de una serpiente, de una mujer que fue costilla y una ciudad que Él –dice- bombardeó para curarla del pecado (cree hablar de mí). Las familias aprueban con movimiento de cabeza. Las gentes tienen los brazos alzados. Tienen las manos tomadas en cadena la multitud que se despliega banco a banco y ala a ala del templo con techo altísimo y velas ardientes más una voz que repercute en los parlantes y un coro estremecedor de fondo en vivo. La lámina a su diestra incluye un jardín, una pareja casi desnuda, una víbora maléfica, inundación, ciudad destruida por el fuego celestial, un hacha sobre la cabeza de un niño. A su izquierda, la lámina con seres barbados siguiendo a un joven, el mar y la pesca, el pan y los peces, un muerto que resucita, una cruz con sangre. Habla que yo estoy ahí en todo eso, el apóstol. Avisa que el Señor pidió que le sacrificaran una oveja.

.....

Dios cuenta La Historia, la verdadera Historia, dice el Apóstol. Afuera llueve y huele a ozono, adentro calor y orín. / Dios es un relato, dice el becario cuya voz es bebida blanca, trasluce y quema. Afuera llueve y huele a ozono, adentro frío y alcohol.

.....

Pasan aviones rasantes sobre el galpón. A oscuras, sigilosos y trémulos, miran hacia el techo cientos de personas con frío. Suenan disparos opacos. Por un rincón de la ventana tapiada, un joven espía las explosiones del horizonte, no hay otras luces que las bocas de las armas. Por los pastizales altos se arrastran soldados. Pocas personas de dientes apretados hacen guardia contra las puertas con sus

orejas pegadas a la madera dura, sostienen machetes, palos, hachas, una pistola con olor a grasa vieja. Las chapas restantes palpitan, raspan las paredes sin revoque. No ladran los perros. Un fogonazo ilumina la glorieta. En el lago flotan algunos cuerpos. Sabe a comida quemada, a sombra y hielo.

En el campanario el pintor observa y oye. Hay poca luz de amanecer nublado. Todo huele acético, los músculos en espasmo. Un paréntesis de ruidos metálicos da paso a la timidez espantada de algún pájaro. Ve los cuerpos entre matas y pajonal, en cunetas y el lago, ve la pérgola ahumada y lejanos movimientos de soldados, no sabe si persiguen o huyen. El aire es viscoso y condimentado de ácidos. Bajo las chapas calmadas, las familias duermen su agotamiento. Los guardias con sus palos y machetes están sentados de espaldas al exterior, las espaldas no resisten la dureza de la madera.

Crece la mancha de la mano al brazo. La mancha de quemadura ocupa todo su torso. Cae. A eso las personas lo llaman muerte. El dolor interrumpe la caída de las hojas. El viento tuerce su rumbo y la tierra crece. Devoradores de nutrientes comienzan su faena. La red de filamentos progresa sobre el cuerpo.

.....

Quién eres, me pregunta el apóstol. Creo que se dirige a mí porque mira hacia el techo del templo y hacia la cruz aunque no estoy en esos lados. ¿Quién eres?, se exalta. Y no lo sé. Salvo que no soy ése, no soy el que él supone. Ni eterno ni de muchos ojos. En el campanario mira las nubes, abre los brazos, interpela lugares que me asigna y suplica a alguien. No soy su bálsamo. Me endilga que castigo con lluvia de sal a quienes mezclan sus cuerpos. No actúo, no hago ni soy. Estoy y percibo. Mudo y ciego, sordo, sin brazos. Capto todo junto. Lo que llaman gris, tímido, monótono sonido, murmullo, es simple rayo tenue señal pareja sin estridencias para mí. Hay detrás de la casa dos personas fundidas en un mismo calor. En el suelo de un ranchito yacen padres e hijos apretados de frío. Hay un cuerpo helado recorrido por insectos al costado del lago. Todos ellos mezclan sus cuerpos. No está la aniquilación sobre la ciudad, que dice el apóstol alzando la voz y el dedo índice. No hay azufre y fuego.

.....

El apóstol cuenta dinero.

El apóstol está desnudo en el techo. Mira hacia abajo, hacia el cemento rayado del piso donde hacen sombra las dos campanas, de rodillas dice perdón perdón dios mío. Sus orejas están rojas como los dedos de los pies, sus manos también rojas y apretadas en racimo. Las gotas de sudor descienden en azul y olor miedoso. La sombra de las campanas recibe la lluvia de su cuerpo. Es la proyección del pecado, no remordimiento sino temor y plan de salida. El Sacerdote está de pie, su mano acomoda el pelo, sus manos estiran la ropa que viste. La cabeza erguida. La sombra de las campanas desaparece.

.....

Muchas personas en grupos ocupan la extensión del ámbito. El galpón gigante es centro de fiesta. Toda la gama de cálidos protege al conjunto. /Tres seres rodean al becario que muestra su pantalla donde el Artefacto exhibe imágenes de vergüenzas y nostalgias; lo que ellos llaman pasado se describe nítido en situaciones remotas y enojosas o de llanto alegre. Dicen que son ellos mismos antes, algunos sonrojados se tapan la cara, otros señalan a los que ya no existen y los latidos cardíacos más la circulación de la sangre cambian su velocidad. /Otros cinco se desplazan con fatiga por los bancos que acarrear, cajas de bebidas y despliegue de sombrillas. Bajo una docena de enormes casuarinas, dos amigas hablan de mí, eso suponen, ambas sentadas en la misma hamaca paraguaya. Suavemente vienen y van, existo no existo. Cerca de la casa bermellón, en torno a la mesa, comentan el nuevo libro de la dueña del predio. Nadie ha leído aún. La tapa es elogiada, los dedos coinciden en hacer viento de páginas con su rápido recorrido. Alguien se demora y lee unos párrafos. El joven prepara y prueba un equipo de sonido. Ya está, dice. Cuando quieran. Todos vuelcan la cabeza, se acercan, alguien elogia y lee al micrófono. Desde el antiguo campanario un pariente graba en panorámica. La algarabía se produce con aplausos y un tañido de campanas. Las amigas vuelven a las hamacas y miran hacia arriba, dicen que debo estar por ahí. Señalan pájaros y nubes. Brindan con amigos que se sientan sobre las agujas de las casuarinas. No soy el que creen, no estoy donde piensan. Laten sus emociones con recuerdos, esos globos unidos a su sangre por un hilo umbilical, y todos los olores forman una burbuja placentera; miran entonces con los ojos húmedos buscando arriba la justificación de tanta dicha momentánea. Nadie lo dice, todos lo sienten. Percibo desde un ángulo abstruso para ellos, en una frecuencia que los roza. Lejos del equilibrio son posibles los estados múltiples, la quirilidad, los escorzos. El reino de lo no lineal. Aunque las gentes sólo perciben lo próximo, aquello que los rodea, y cuando se alejan entran en pánico o melancolía.

.....

La poeta se describe acariciando un gato. Dice, hay un vidrio entre nosotras porque las personas vivimos en el devenir y el gato en el eterno instante. Soy el gato.

/El apóstol explica que el dios en vuelo cruza el horizonte, todas las curvas se enderezan, las rectas se curvan y dios queda expuesto para nosotros. En algunas ocasiones sucede y se hace visible o encarna. Dios, dice el sacerdote, ve cada uno de nuestros hilos, nuestras vidas, y ve toda esa tela que forma un tapiz. Nosotros solamente vamos viendo lo que sucede y olvidamos parte del hilo que hemos tejido. Aleluya.

No olvido, sólo veo un inmenso ahora, y tiene razón el apóstol en esto, es un tapiz con sus escenas, no hay decurso para mí.

.....

/El becario sabio y técnico muestra el Artefacto y responde: los simetrones forman una lámina invisible, paredes de dominio. Del otro lado qué hay, ¿eso que llamamos dios? Se localiza un área mínima de concentración aparentemente anormal, una especie de diminuto, microscópico desequilibrio, y se lo examina con un ataque de ondas. Rebotan y se reciben los datos. No se sabe todavía si este procedimiento altera el objeto analizado pero siempre ocurre algo así, no hay otra manera de estudiarlo. Una segunda observación, bombardeo, nos presenta al objetivo levemente modificado. / El Artefacto como telescopio permite a los científicos ver hacia atrás en el tiempo aproximadamente 13.500 millones de años, cerca del comienzo del universo tal como lo conocemos, explica el bachiller. Nosotros lo aplicamos a la observación de objetos masivos cercanos y vemos el tiempo pasado de los hombres.

Dios hizo esto y aquello, dicen. Pero no hago ni creo, no está en mi condición hacer.

.....

/Una molécula roja, un meteorito helado y azul, pasan a milímetros del cerebro del joven. Ni siquiera lo rozan, él lo ve venir y hace un leve movimiento de esquivar. Mira entonces la mancha de quemadura en su diestra y un globo de recuerdo se hila a su cabeza. Allí está niño con un hierro caliente junto a la parrilla y sus abuelos y sus padres. Sonríe feliz y besa la quemadura como a un objeto sagrado. Luego sincroniza el equipo de audio y dice: todo listo, ya está, cuando quieran. Con sus dedos en peine acomoda tras la oreja el medio flequillo violeta.

/Hace cuatro décadas este moderno laboratorio era apenas un gigantesco galpón. Por eso y por muchas otras cosas es que estamos hoy todos muy emocionados por inaugurar este Artefacto que nos permitirá seguir investigando las concentraciones mínimas de materia oscura que se ubican en nuestro entorno físico. Como director del proyecto agradezco a los científicos, público en general y autoridades que nos acompañan en este momento histórico.

.....

Me dicen dios mosca porque todo lo veo, porque me atribuyen mil ojos, creen que percibo cada lugar y cada tiempo. Me dicen microespacio extraño, concentración de energía oscura, boca del gusano que recorre el universo. Y soy ciego, y solamente percibo aquello que está en mi campo hasta un cercano horizonte detrás del cual no hay nada para mí. Un bombardeo de frases huecas, de pensamientos fantásticos y máquinas de demolición. Atribuyen barba a quien no tiene cara y bastón de mando al falto de carnadura. Son seres necesitados de historias. No me registran, me inventan. No existe para ellos ningún puente, salvo la mala traducción de apóstoles y sabios. Recibo una ola de ondas y vibraciones de lo que ellos llaman color, sonido, aroma. Más lo táctil y el sabor. Todo reunido. Un sentido solo.

.....

Esta tierra seca y agrietada, este barrial pastoso de humedad, laguna, huerta rica en lombrices generosas, arbolitos niños, casuarinas y eucaliptos y fresnos de diez a veinte metros, este ámbito pura lluvia, todo pasto ralo y amarillo y frutales muertos, este mural de escenas contradictorias y simultáneas es en cambio para las personas una sucesión de alegrías y penurias, llantos de impotencia, músculos tensos contra la tierra, saciedad de cosechas, vuelta a empezar, trabajo ímprobo y fatiga. Emoción porque llueve sobre las plantas, tristeza detrás de los cristales, cuándo lloverá que el maíz no crece. El galpón también es una fotografía de templo con campanario, sucucho, vivienda múltiple para explotados, refugio ante las guerras brutas, laboratorio impoluto, música de fiesta en despliegue atemporal ante mi captura sensorial, pero para las personas es en el tiempo, es cambio lento o vertiginoso de goteras a esplendor, campanas sonando a meros adornos oxidados allá arriba donde alguien lee, escribe o pinta. Uno subido a un carro, otros doblados sobre el surco, hay un tornado que arranca parte del techo, gente que lo mira y se tapa la cara, gente que

emparcha, familia que construye, modifica, envejece, rejuvenece, alguien me señala pero ahí no estoy, alguien experimenta su ciencia y me cambian los colores que no veo. Está el joven de la mano herida y es la joven de la mano herida, entre ellos hay gotas (pequeñas escenas) que se esfuman de cuerpo a cuerpo, son la misma persona en dos escenas y para los hombres son dos posibles del que solamente ven uno. Dice la gente qué hubiera pasado si... y en realidad todo está ahí delante de mi percepción, todo a la vez, el joven, la joven, y sus paralelas desplegadas desde el centro de mi campo hasta el confuso horizonte donde se pierde la señal que recibo. Las moléculas del aroma, la notas musicales, se desvanecen allí donde mi zona concluye. Al borde del horizonte está la anemia, luego la nada. Ni el amarillo intenso ni el sabor ácido y dulce de las uchuvas.

.....

Ojo con el alcohol y las drogas, dice el viejo al joven. Gente bailando. Personas llorando a pleno sol en un entierro. Personas llorando junto al crematorio. Una mujer joven y un hombre joven liberan las cenizas al viento que están demoradas en las hojas del fresno, en el tronco de eucaliptos y casuarinas, oscurecen malvones y caléndulas, los pájaros se amontonan a seis metros y caminan. Una niña está sentada con su mancha violeta en la mano. Un niño se quema la mano con el tizón caliente. Ojo, le dicen el viejo y la vieja a la joven, con los venenos. Gente bailando. Dos adultos doblegados, curvos, las cabezas a centímetros del suelo, miran las cenizas flotar y hundirse en la cava junto a la pérgola gris. La joven está sobria. O el joven está sobrio. Los viejos y los adultos juegan a las cartas. Ninguna ceniza.

En cada una de las nubes (que ellos llaman sueños), hay temor.

En alguna nube, que también es un globo, esperanza.

.....

Las cabezas doblegadas miran al suelo. Un cuerpo muerto es sepultado. Allí hay soterrados pulsos eléctricos, largos filamentos que forman cadenas y comunican los árboles, un paisaje no visible bajo los pies de las personas que lloran. Hay regeneración, rejuvenecimiento. Hay descomposición y reciclaje. No los perciben pero ellos están más cerca de los hongos que de cualquier otro reino. Una red que sostiene el sistema en forma sigilosa, no es ni animal ni planta, convierte en otra vida lo que agoniza y muere. Las lágrimas y las oraciones humanas desconocen lo que está sucediendo. Todo lo que cae se pudre y vuelve a levantarse florecido. La vegetación, en cambio, se revitaliza, escucha

las vibraciones escondidas y festeja con colorido las novedades, emite un centenar de compuestos volátiles. Los árboles no sufren por las muertes del hombre.

Vestido de blanco, habla el apóstol a la multitud, que emite diversos grados de pena en el templo centrado por un féretro: son inescrutables para nosotros los deseos del Señor, Él da y quita la vida pero nada termina, duele, cómo no va a dolernos la muerte en juventud. Dice. Las dos campanas no están sonando. Alrededor del galpón enorme, la luz y las sombras de los árboles tiñen el campo, los pájaros vuelan o caminan, una liebre ingiere el mejor pasto, brillan lejanos los seis hilos del alambre. Sube el vapor de la bosta reciente. Los caballos beben su agua. Las personas que lloran en el templo tienen ardor en el vientre, tienen punción en los ojos y los huesos de las piernas. Las personas que aguantan el llanto tienen trenzados los diez dedos hasta el púrpura y las uñas se injertan en la piel. Todo huele a flores vencidas. Bajo el embaldosado amarillo y rosa, hay hierros, hay piedras y más abajo cruza la red de filamentos y los mensajes de árbol a árbol. Avisos de nutrientes cercanos.

.....

Restos del día en compostaje. Acidez del estiércol, jugos verdes, cáscaras fermentan y seres simples, primitivos, dibujan sus caminos, se alimentan, hacen perdurar lo perecedero. La tierra muerta se oxigena. Sin cópula, solamente hay reciclado. Vacas y caballos mastican y defecan, llueve, el pasto crece, las ovejas comen, el sol seca la bosta, los árboles estiran sus raíces, una red de filamentos lleva y trae información de nutrientes.

.....

Bajo la sombra del campanario, alguien escribe. Flotan los globos de sus sueños y recuerdos en torno. Hilos de baba, cordones de ombligo, llevan y traen datos, sensaciones, mentiras, hasta la mano que anota. Restos de la noche fermentan en su día.

.....

Repite el sacerdote lo que dijo el libro.

.....

Un globo en el campo con un grupo de muchachos alegres que saltan en la noche el zanjón donde corean los sapos. Van al velorio del galpón. Un globo hay donde un hijo ilusorio clava el mástil con la bandera en el tope de una casuarina. El mástil al rojo le quema la palma derecha. Las hifas los conectan con personas mayores que él, con personas mayores que ella. Son sueños de la llanura. Bajo tierra hace la vigilia su ciclo interminable.

Está saliendo del templo, mira su cicatriz de fuego. Lleno de ícubos el globo que se arrastra y tironea del cuello joven. Es un órgano de cáscara dura, con tentáculos hiere los ojos del recuerdo, penetra orejas y narices. La mancha de la mano duele y se despliega. / Está saliendo del templo, mira su cicatriz de fuego. Lleno de caricias van sus cajas liadas como obsequios a las puntas de los dedos. La mancha de la mano se desvanece.

.....

Apóstol dice haber visto a dios o su santa o moisés entre las ramas más altas de la casuarina como en una ventana de luz. Estoy aquí detrás del verde y dorado, no soy nadie de esos. Invisible por afuera, iridiscente en el interior. Percibo al sacerdote mirando hacia arriba, las altas casuarinas. No hay fusión.

Los humanos son, según ellos, lo digan o disimulen, el centro. No opinan lo mismo el reino de los hongos, las excrecencias de sus cuerpos, virus devoradores que buscan su propagación, pequeños y gigantescos animales. Un rayo, un meteorito, una piedra fuera de lugar son más potentes. Un manto de ceniza, el agua en retiro. Un viento enamorado del árbol corroído y su caída terminan con la superioridad de las personas.

Un aliento de muerto recorre el campo.

.....

Apóstol dice que dije fiat lux. Bachiller dice que hubo un big bang.

El suelo agrietado y el pasto seco. Alguien junta bosta y restos vegetales, les cae la lluvia, la mezcla ennegrece y se hace muelle, con la pala y el rastrillo es repartida, crece el césped y hay un rincón con tomates y verdes, una mano cosecha unas frutillas y las pone en manos pequeñas que admiran y gozan de la ingesta. Una de esas manos tiene una mancha de quemadura sobre la que fluye el jugo del tomate y la frutilla.

Sacerdote dice dios no existe, dios es todo, dios es el padre, dios sabe lo que hace nosotros no entendemos estas muertes, dice odio a dios y yo no fui por qué me llevan así por qué me golpean no le hice daño al niño. Apóstol tiene imágenes desnudas.

.....

Lo que ellos llaman instante es el todo. Ahí está latiendo el ciclo interminable de descomposición y nutrientes. En torno está. Bajo sus pies está y arriba entre nubes y copas de árboles y vuela espolvorea cae reproduce. El movimiento de la vida, el ciclo entero, a la vista en los caminos de los hongos.

.....

Desde una casuarina a otra se mueve la hamaca paraguaya, alguien yace y mira hacia arriba con los ojos llorosos. Tal vez crea que me ve. Emite un gran útero donde se mezclan risas que provocan su tristeza. Está unido a su oreja y sus ojos por un hilo, una red de filamentos que transportan lo que llaman recuerdos. En su ahora de la mente baila el pasado feliz, en un vaivén del reposo se lleva la humedad, brota la sonrisa. Vuelve a verme. El suelo es un colchón de agujas, cerca flota la hamaca.

.....

El galpón emite una frecuencia intensa, extraña conjunción que desconozco. Parece novedad, transcurso. Un fuerte sonido sordo ocupa el espacio. No vislumbro su luz ni su aroma. Solamente ruido. La vibración recorre el suelo y de ahí emana su estampida. Ha caído un árbol por el viento. Con sus pocas hojas el eucalipto ha sido únicamente palo. Mástil desnudo. Espero capturar los colores y algo más que trueno.

.....

Y veo al apóstol que me mira. Y veo al bachiller que también me mira. Sucede ahora.

.....

Se hace la noche, siento el transcurrir del tiempo, la luna cambia sus curvas, va escondiendo la espalda y se oscurece luego. La cruz del sur es rodeada por el centauro y giran. Aparece el sol y va subiendo magnífico, cae después rojo. Finalmente comprendo las horas. Comienzo a narrar. Percibo que al hacerlo me iré apagando despacio. Como el sonido de las campanas gemelas que se desmaya antes del horizonte.

En ese momento se asoman el recuerdo y la tristeza.